

VARCO.  
ANTONIO

# EL ESCLAVO DEL DEMONIO

# ANTOLOGIA CLASICO NUEVO

de

ANTONIO MIRA

DE AMESCUA

de lo  
y lo

**E**N Septiembre pasado hizo trescientos años que moría en Guadix el Doctor Antonio Mira de Amezcua. Por azar del tiempo este año celebramos su centenario.

Mira de Amezcua nació en Guadix, de un matrimonio ilegítimo. Estudió en Granada y aquí se ordenó sacerdote. Fué Capellán real en la Capilla de los Reyes Católicos. Vivió, sin embargo, mucho tiempo en Madrid y después fué nombrado arcediano de Guadix, donde murió el día 8 de Septiembre de 1644.

Fué colérico y más amigo, como el Arcipreste Juan Ruiz, de la olla que de la misa; su teatro cae dentro del ciclo que preside Lope de Vega y está escrito en un estilo ampuloso y culterano muy propio del carácter andaluz y colérico de Mira. Escribió más de sesenta comedias y autos con un extenso temario, que como el de Lope va desde las comedias bíblicas y de santos a las de capa y espada, pasando por las históricas. Su obra capital es *El esclavo del Demonio*. Su asunto es la vieja leyenda del Fausto Medioeval, o la de aquel Teófilo de los Milagros de Berceo que vende su alma al diablo y la rescata por intervención de la Virgen. Mira conoció esta leyenda a través de fuentes portuguesas. Don Gil, el Fausto de Mira, es un Fausto muy español y muy siglo XVII; mientras el sabio alemán estaba cansado de ciencia, el español lo está de ascética y teología; ambos quieren curarse por la acción, pero mientras Fausto busca placeres, Don Gil busca pecados. También Angelio, el Mefistófeles de Mira, es típicamente español y más aún, andaluz: es un matón del otro mundo. Finalmente, ni Lisarda, ni Leonor tienen nada que las asemeje a la dulce Margarita de Goethe. Lisarda, más que a la melancólica y rubia Margarita, se asemeja a la Carmen ardiente y se *hecha al monte*; Leonor es una coqueta llena de hipocresía.

Como humilde contribución al centenario de Mira de Amezcua, CUADERNOS DE TEATRO inicia su *antología* con unas escenas del acto segundo del *Esclavo del Demonio*.

\* \* \*

La escena es un monte. Don Gil en traje de bandolero con un retrato en la mano.

GIL. Amor, el alma abrasada  
con viva esperanza viva,  
que podrás dársela viva  
pues hoy se la das pintada.  
El alma, tuya se nombra  
con amorosos desmayos,  
mas ¿qué efecto harán tus rayos

si así me ciega tu sombra?  
Leonor, mi pecho se abrasa,  
tu gloria he de pretender,  
que la peste pienso ser  
de las honras de tu casa.  
Gozar pienso el bien que veo,  
pues lo llegué a desear,

que no me han de condenar  
más las obras que el deseo.

Si la intensión y el [a]feto  
condenan al pecador,  
por gozar de ti, Leonor,  
daré el alma.

(Sale el demonio vestido de galán, y llámase  
Angelio.)

ANGELIO. Yo la aceto.

GIL. Después que a este hombre he mirado,  
siento perdidos los bríos,  
los huesos y labios fríos,  
barba y cabello erizado.

(Aparte.) Temor extraño he sentido.  
Alma, ¿quién hay que te asombre?  
¿Cómo temes tanto a un hombre  
si al mismo Dios no has temido?

ANG. No temas, Don Gil, espera.

GIL. Dí, ¿quién eres?

ANG. Soy tu amigo,  
aunque he sido tu enemigo  
hasta ayer.

GIL. ¿De qué manera?

ANG. Porque imitándome vas;  
que en gracia de Dios me ví,  
y en un instante caí  
sin que pudiese jamás  
arrepentirme.

GIL. ¿Y te llamas?

ANG. Angelio, y vivo espantado  
de lo poco que has gozado  
gusto de juegos y damas.

Si predestinado estás  
la gloria tienes segura.  
Si no lo estás, ¿no es locura  
vivir sin gusto jamás?

Si aprender nigromancia  
quieres, enseñarla puedo,  
que en la cueva de Toledo  
la aprendí, y en esta mía  
la enseño a algunos, y ciencia  
para vicios infinitos  
corriendo los apetitos  
sin freno de la conciencia.

Si a los infiernos conjuras  
sabrás futuros sucesos  
entre sepulcros y huesos,  
noches y sombras oscuras.

En todos cuatro elementos,  
verás extrañas señales  
en las plantas, animales

y celestes movimientos.

Tu gusto será infinito;  
con vida libre y resuelta  
seguirás a rienda suelta  
los pasos de tu apetito.  
Y, pues que tienes amor  
a Leonor, aunque es incesto,  
haré que la goces presto.

GIL. ¿Que adoro a Doña Leonor  
has sabido?

ANG. Y no imagines  
que en lo que toca a saber  
me pueden a mí exceder  
los más altos cherubines.

GIL. Tengo a tu ciencia afición.  
Yo aprenderé tus lecciones.  
ANG. Guardando las condiciones  
con que las depréndi.

GIL. ¿Y son?

ANG. Que del mismo Dios reniegues,  
y haciendo escrituras firmes  
de ser mi esclavo, las firmes  
con sangre, y la crisma niegues.

GIL. Alma, si hay alma en mi pecho,  
hoy tu salvación se impide.  
Poco pide, pues me pide  
lo que casi tengo hecho.

Dejando la buena vida  
perdí el alma, pues, ¿qué espero,  
si por hallar lo que quiero  
doy una cosa perdida?

Si son tres las condiciones  
con que ofendí a Dios eterno,  
ya tengo para el Infierno  
bajado tres escalones.

Otro con algún disgusto  
se da muerte o desconfía,  
y así viene a ser la mía  
desesperación de gusto.

Digo, que haré lo que ordenas,  
pero has de darme a Leonor.

ANG. ¡Ah, discípulos!

(Salen dos en hábitos de esclavos.)

ESCLA. I.º Señor.

ANG. Sangrad a Don Gil las venas  
porque a ser mi esclavo empieza.

GIL. Yo a ser discípulo voy.

ANG. No te pese, porque soy  
de mejor naturaleza.

(Meten a Don Gil los esclavos. Queda Angelio;  
sale Lisarda.)

LIS. Junto a una fuente, que espejo  
de cristales y diamantes  
es del sol, dos caminantes  
robados y muertos dejo.

Relámpagos fué y ensayo  
de mi colérico fuego,  
pero el matar a Don Diego  
será la verdad y el rayo.

Probar quise mi valor,  
mas, ¿cómo no he de ser fuerte  
en la ajena, si a mi muerte  
tengo perdido el temor?

Cazadora de hombres soy,  
(fieras, de otro nombre indinas).  
Yo colgaré en las encinas  
humanos despojos hoy.

Serán silvestres picotas  
tanto que a deciros muevan  
que ya las encinas llevan  
cabezas y no bellotas.

(Ve la visión del demonio que asoma, y dice:)

¡Jesús! ¿De qué ha procedido  
tan prodigioso temor?

¿Adónde están el valor  
y arrogancia que he tenido?

¿Sólo a un hombre tanto temo  
que ni es monstruo ni gigante?

Pasar no puedo adelante,  
espantada con extremo.

La muerte le quiere dar.

(Apúntale la escopeta.)

ANG. No tienes qué prevenir,

que si no puedo morir,  
¿cómo me podrás matar?

LIS. ¿Viste un hombre?

ANG. A un hombre ví,  
que no ha de ser hombre más.

LIS. ¿Qué ha de ser?

ANG. Tú lo verás.

(Entran los esclavos y sacan a Don Gil, hecho  
esclavo, con S y clavo.)

ANG. ¿Firmó la escritura?

ESCLA. E.<sup>o</sup> Sí,

LIS. ¿Quién habrá que a Don Gil vea  
que no se admire? ¿Qué es esto?

GIL. Yo a servirme estoy dispuesto.

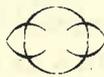
ANG. Este cédula se lea.

(Lee el papel.)

GIL. Si aprendo la sutil Nigromancia  
que el católico llama barbarismo,  
y excediendo las fuerzas de mí mismo  
gozare de Leonor un breve día;

digo [yo] Don Gil Núñez de Ato-  
[guía,  
sin temor de las penas del abismo,  
que reniego del cielo y del bautismo,  
perdiendo a Dios la fe y la cortesía.

Su nombre borro ya de mi memoria.  
Tu esclavo para siempre quedo hecho  
por gozar desta vida transitoria,  
y renuncio el legítimo derecho  
que la Iglesia me da para la gloria  
por la puerta que Dios abrió en su  
[pecho.



**BENAVENTE** y el teatro celebran sus bodas de oro. Don Jacinto, Premio Nobel, marcó una época en nuestro teatro. A pesar de todo hay mucho que aprender de él y mucho que decir. CUADERNOS DE TEATRO dedicará su próximo número a un vivo diálogo sobre la obra de Benavente.